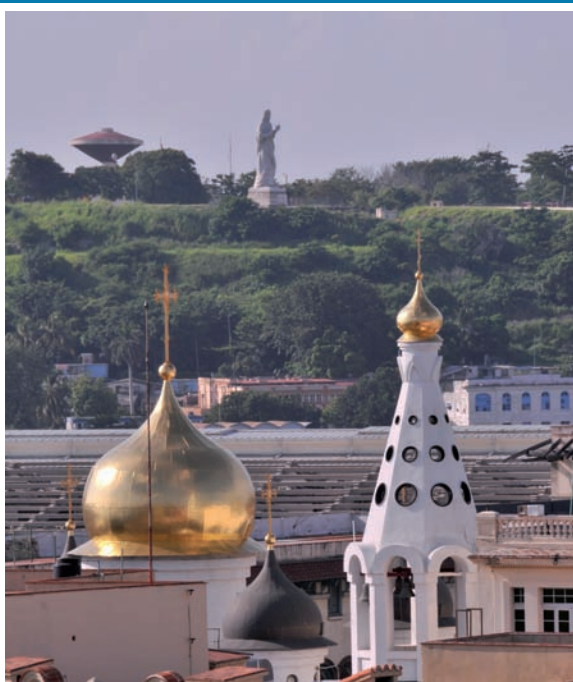


Cuba y Rusia: *apuntes para un reencuentro*



XIX FERIA DEL LIBRO

VISITA DEL KRUZENSHTERN

DISÍMILES PUNTOS DE CONTACTO ACERCAN A LAS CULTURAS CUBANA Y RUSA A LO LARGO DE LA HISTORIA. SOBRE ESA BASE, SE RENUEVAN LOS LAZOS ENTRAÑABLES ENTRE AMBOS PUEBLOS.

COMO UNA AVANZADA DE LAS ACTIVIDADES POR EL 50 ANIVERSARIO DEL RESTABLECIMIENTO DE RELACIONES ENTRE CUBA Y RUSIA, LA XIX FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO FUE DEDICADA A ESE PAÍS.

por **ALEXÁNDER MOISÉEV**

La primera referencia que se conoce en Rusia sobre el Nuevo Mundo —y acerca de Cuba, específicamente— aparece en un texto escrito por Máximo el Griego (1470-1556), quien fue invitado por el príncipe Basilio III a Moscovia para ayudar a traducir los libros sagrados al ruso.

Acusado de hereje, hacia 1530 ese monje ortodoxo fue reducido a cautiverio en un monasterio cerca del río Volga y, mientras cumplía castigo, escribió profusamente sobre disímiles temas, incluidos los viajes de descubrimiento. Así, explica que habiendo cruzado el océano: «los españoles y portugueses de hoy, tomando todas las medidas de precaución, recientemente, hace 40 o 50 años, comenzaron a navegar en grandes naves y descubrieron muchísimas islas, algunas de las cuales estaban habitadas por gente, y otras deshabitadas; además, descubrieron una tierra de dimensiones tan grandes, llamada Cuba, que ni siquiera sus habitantes saben dónde termina».


Pero no es hasta el siglo XVIII que se tienen indicios sobre el primer ciudadano de Rusia que pisó tierra cubana. Para ese momento, la gran nación eslava se había abierto a Occidente gracias a las reformas de Pedro el Grande. Al tener a Francia como destino habitual, los rusos cultivados transitarían luego a España y, allí, se interesarían por sus colonias de ultramar y el continente americano en general. Éste sería el caso de Fiódor Karzhavin, quien era moscovita, había realizado estudios de medicina en París y dominaba varios idiomas.

Llegó a la capital cubana en 1782 desde América del Norte, donde había participado en la guerra de independencia de las Trece colonias británicas (1775-1783), que apoyaron España y Francia en contra del Reino Unido. De hecho, se afirma que Karzhavin fue aceptado como representante de las fuerzas independentistas estadounidenses en La Habana, en la que vivió dos años.

En sus crónicas para la prensa rusa no sólo describió la flora y fauna cubanas, sino que fue capaz de pronunciarse contra el trato inhumano a los negros esclavos. Años después, en 1795, publicó un libro en San Petersburgo con el título *Un sabio peregrino que narra los sortilegios de los espíritus*.

Una vez constituidos los Estados Unidos de América, las autoridades coloniales españolas habían permitido el libre comercio de Cuba con su nuevo vecino. En tanto, Rusia incrementaba el intercambio mercantil con esta parte del mundo, de ahí que en 1818 abriera su consulado en La Habana, en cuyo puerto y el de Matanzas comienzan a recalzar los buques rusos durante su itinerario americano.

Productos cubanos como café y azúcar eran trasegados de vuelta, según informes publicados en 1834 por el cónsul ruso en la capital cubana. Ese intercambio se acrecentará hasta mediados del siglo XIX, época en que también proliferaron las expediciones científicas.



Es así que, en 1851, llega a Cuba el literato, poeta y traductor Alexander Gavrilovich Rótchev, quien fuera el último administrador de Fort Roos, establecimiento que los rusos fundaron pacíficamente en la región norte de Alta California para abastecer con productos agrícolas sus posesiones en Alaska.

Rótchev realizó un periplo por varias islas del Caribe y, resultado de ello, fueron sus *Epístolas rusas*, las cuales se publicaron con notable éxito en las revistas *Siévernaya Pchelá* (*La Abeja del Norte*), *Otiéches-tviennye Zapiski* (*Apuntes Nacionales*) y *Panteón*.

Sus descripciones sobre la vida cotidiana revelan cuánto disfrutaba de su estancia en la isla, además de una gran curiosidad etnográfica. Y como si en tierra cubana ese viajero ruso se encontrara a sí mismo, escribe en sus memorias: «La Habana me causó una viva impresión; admiraba la dulzura del cielo, vestido en la púrpura del sol naciente; me encantaba la vegetación tropical; me parecía que ya había comido la piña, el mango y otros frutos que para mí eran nuevos; incluso pensaba que debería saborear el mejor tabaco del mundo, aunque jamás en mi vida había fumado un puro. Gracias a mi imaginación, todo parecía vivo y nuevo (...)»

A esas pinceladas exóticas, se unen apreciaciones de carácter social y hasta político, como cuando afirma previsoramente: «La Habana es algo así como una especie de hotel construido casi que especialmente para los norteamericanos. En sus mentes continúa madurando la idea de anexarse a Cuba».

Esa visión escrutadora la tendría también Alexánder Lakier, quien dejó sus memorias con el título: *Viaje por los estados norteamericanos, Canadá y la isla de Cuba* (San Petersburgo, 1859). Su interés primordial era estudiar las instituciones y costumbres de la sociedad colonial, para lo cual se adentró en el interior del país y vivió en plantaciones y haciendas. Logró captar con singular agudeza la contradicción ya latente entre hacendados criollos y funcionarios peninsulares, además de testimoniar el oprobio de la esclavitud.

Casi todos los viajeros rusos que visitaron Cuba por entonces, incluido el biólogo Egor Sivers en 1850, sucumben al exotismo de la naturaleza insular, a la cual dedican altisonantes epítetos. Según *Noticias estadísticas de Cuba* (Censo de 1862, editado en 1864), en la isla vivían siete rusos en 1846, y en 1862, eran 14.



MARTÍ Y LA CULTURA RUSA

No puede entenderse la curiosidad de los viajeros rusos por Cuba, sin tener en cuenta también la atracción que provocaba la enigmática Rusia sobre el resto del mundo, sobre todo a fines del siglo XIX.

José Martí fue uno de los primeros literatos de habla hispana en calar las esencias de la cultura rusa. En el joyero de sus obras hay dos artículos muy importantes que tocan el tema: «Pushkin», publicado en el periódico *The Sun* (Nueva York, 28 de agosto de 1880) y «La exhibición de pinturas del ruso Vereschaguin», en *La Nación* (Buenos Aires, 3 de marzo de 1889).

En el primero de ellos, con el subtítulo «Un monumento al hombre que abrió el camino a la libertad rusa», Martí valoriza al autor de *Ruslán y Liudmila*, aquilatando su personalidad y obra, que ha podido leer traducida al francés: «El gran poeta es tan enteramente ruso, tan verdaderamente hijo de esta tierra orgullosa tan poco conocida, y ha surgido tan desnudo del seno de la Naturaleza, que al leer su “Oda a Dios” se imagina uno a su autor acostado en la nieve helada, bajo el cielo norteño envuelto en una piel de oso, elaborando sus notas silvestres, lejos de los lugares habitados por los hombres».

Y tras encomiarle, reconoce: «Su vida fue una batalla. Una batalla sigue a su apoteosis. Pero el elogio al poeta no puede ser excesivo. No es conocido universalmente

porque escribió en ruso; pero una vez conocido no puede ser olvidado».

Aprovechando la presencia en Nueva York de Vasili Vereschaguin —el «famoso pintor ruso que odia la guerra, y se empeña, pintando sus escenas, en que los hombres la odien»—, Martí escudriña su personalidad y también la hiperboliza, como ya había hecho con Pushkin: «El ruso renovará. Es niño patriarcal, piedra con sangre, ingenuo, sublime (...) Sabe amar y matar. Es un castillo, con barbas en las almenas y sierpes en los tajos, que tiene adentro una paloma. Debajo del frac, lleva la armadura [...] Es el hombre con pasión y color, con gruñidos y arrullos, con sinceridad y fuerza. Se mueve con pesadez bajo su capa francesa, como Hércules barbudo con ropas de niño (...)»

Años después, cuando ya el Apóstol de Cuba había caído en combate en Dos Ríos, la lucha emancipadora cubana contra el colonialismo español atraería a los jóvenes Piotr Streltsov, Evstafi Konstantinovich y Nikolái Meléntiev. Ellos formaron parte de la expedición que —dirigida por los generales Joaquín Duany y Juan Rius Rivera— zarpó a bordo del buque *Three Friends* en Nueva York y desembarcó en la isla por la ensenada de Corrientes, provincia de Pinar del Río, el 7 de septiembre de 1896.

Aquellos «mambises rusos» participaron en unos pocos combates bajo las órdenes del lugarteniente general Antonio Ma-

A la izquierda el pintor ruso Vasili Vereschaguin (1842-1904), a quien Martí dedicó elogios por su talante pacifista. A la derecha: detalle de marquilla de tabaco dedicada a Rusia, una de las colecciones temáticas desarrolladas por la marca La Honradez, la cual fuera inscrita en La Habana en 1853.

ceo, hasta que heridos y enfermos fueron capturados por el ejército español y devueltos a Rusia. Los detalles de su encuentro personal con el Titán de Bronce aparecen en los apuntes de campaña que uno de ellos publicara en el periódico *Viestnik Evropy* (*Mensajero de Europa*) bajo el título «Dos meses en la isla de Cuba».

EL APORTE DE LOS EMIGRADOS

El siguiente contacto importante de los rusos con Cuba se produce ya en el siglo XX, cuando tienen lugar los acontecimientos cruciales que desembocan en la Revolución de Octubre en 1917. Como resultado, exponentes relevantes del arte ruso clásico —especialmente del ballet y la ópera— transitan por estos lares, principalmente como emigrantes.

Así La Habana fue la primera ciudad latinoamericana que acogió a la legendaria Ana Pávlova, quien bailó aquí en tres ocasiones: 1915, 1917 y durante el invierno de 1918-1919. Sus giras por todo el país marcaron el inicio de una nueva etapa en la vida cultural de la joven República, la cual gozaba de los beneficios de la subida de los precios del azúcar tras el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. Propiciaron también el inicio de la época de la balletomanía en el Caribe, continuación natural del interés que ya se había puesto de manifiesto en los principales polos de Europa y Estados Unidos.

En lo adelante fue frecuente el paso de bailarines rusos por Cuba, entre ellos Nikolai Yavorski, quien en 1931 fuera contratado por la Sociedad Pro-Arte Musical; Nina Alexandrovna Vershínina y Anna Vladimírovna Leontieva. Algunos terminaron radicándose y hasta formaron sus propias escuelas privadas.

Destaca el afamado Ígor Ivánovich Yushkiévich, uno de los participantes en la génesis del Ballet Nacional de Cuba bajo la dirección de Alicia Alonso y su esposo Fernando. Tampoco puede olvidarse a Lev Alexándrovich Fokin y Alexandra Alexándrovna Fiódorova.

Entre los músicos, aparecen Ígor Stravinski, quien dirigió en tres ocasiones la Orquesta Filarmónica de La Habana; Serguei Rajmáninov y Serguei Prokófiev. Este último escribía desde La Habana en carta fechada el 15 de marzo de 1930: «un clima tropical admirable, no tan tórrido a esa altura del año. Las palmas, la luna en el centro del cielo y el mar meridional son algo encantadoramente maravilloso, pero mi alma es nórdica al fin, y no podría yo vivir aquí por mucho tiempo. En lo tocante a la música, hay agrupaciones interesantes, ávidas de modernidad, y se editan revistas bastante buenas».

Sin embargo, hubo quienes se quedaron a vivir en Cuba, como Mariana de Gonich, diva de la ópera. Luego de contraer matrimonio en París con el joven compositor cubano Pedro Guida, al ser ocupada la capital francesa por los hitlerianos, ella adoptó la decisión de viajar al país natal de su esposo, adonde llegaron en agosto de 1940.



Mariana fue una activista importante del Frente Nacional Antifascista y sostuvo vínculos con la embajada soviética en Washington. Ella fue la encargada de buscar una residencia que sirviera de sede para la Misión Permanente de la URSS en La Habana cuando en 1943 se restablecieron las relaciones diplomáticas con Cuba, las cuales estaban rotas desde 1917.

En 1945 Gonich abrió su propia escuela privada y su casa se convirtió en el centro de la naciente escuela operática cubana.

Por último, es imprescindible referirse a una emigrada rusa cuya trascendencia tiene mucho de mito y literatura: Magdalena Rovenskaya de Menasses, la llamada «Rusa de Baracoa» por haber residido hasta su muerte en la ciudad primada de Cuba, en el extremo oriental de la isla.

En su enigmática vida se inspiró Alejo Carpentier para concebir la Vera de su novela *La consagración de la primavera*, personaje que el escritor redondearía con detalles suministrados por su propia madre, Elena Valmont, quien estaba emparentada con el famoso poeta ruso Constantín Dmítrievich Valmont.

Al célebre novelista cubano —que, como vemos, también era medio ruso— le fascinó el destino de aquella mujer que, habiendo huido de la Revolución de Octubre, paradójicamente fue testigo de la Revolución Cubana.

ALBORADA DE CUBA

Cuando Vladímir Mayakovski visitó La Habana, el 5 de julio de 1925, muy lejos estaba de imaginar que la primera Revolución socialista de América triunfaría precisamente en esta isla, cuya cercanía a los Estados Unidos parecía supeditarla irremediablemente a los designios del poderoso vecino del Norte. Sin embargo, durante las pocas horas que visitó la capital cubana, el gran poeta soviético supo entrever la esencia contradictoria de su realidad social en los versos escalonados de *Black and White*: «Si se mira/ La Habana/ a un vistazo,/es un paraíso,/ país afortunado./ Bajo la palma/ posan en un pie / los flamencos./ Por todo/ el Vedado/ florece el coralillo./ En La Habana/ todo está/ muy claro/ blancos con dólares, /negros sin un centavo (...)

El 3 de enero de 1959, la prensa soviética informó acerca de la caída de Fulgencio Batista, y el día 10 de ese mismo mes, Moscú reconoció al gobierno provisional



revolucionario que asumió el poder. Pocos meses más tarde, el 5 de octubre de ese año, la URSS realizó la primera compra de azúcar a Cuba. En lo adelante, el desarrollo de las relaciones ruso-cubanas alcanzó un nivel sin parangón en la historia, teniendo en cuenta la lejanía de ambos países, incluyendo el intercambio cultural.

Así, el 9 de febrero de 1960 arribó a la isla el primer grupo de músicos soviéticos. Fue el inicio de una verdadera peregrinación de poetas, escritores, compositores, artistas de circo, ballet, ópera, teatro, variedades...

El escritor Vasili Chichkov fue uno de los primeros en llegar a la capital cubana. Tomó sus notas, como se dice, apoyándose en sus propias piernas. Estos apuntes reporteriles dieron paso al libro *Alborada de Cuba*, una de las primeras obras soviéticas sobre la isla en Revolución, publicada en 1961. Sus descripciones recuerdan las de sus coterráneos del siglo XIX por su candor y, a la vez, agudeza. Como cuando escribe:

«Por su apariencia La Habana no es una ciudad, sino dos ciudades totalmente diferentes entre sí. Una es La Habana de los turistas que se extiende a lo largo del malecón y se parece más bien a Nueva York o a Chicago. Como una muralla infranqueable se levantan los rascacielos que le lanzan al transeúnte una mirada hosca y sombría. En esta parte no se advierte el alma de la ciudad, sino una hermética severidad.

»El alma de La Habana está en la parte vieja de la ciudad, en esa calle ancha y poblada de árboles que es el Prado. Se parece a los bulevares de Moscú. Majestuosos y frondosos crecen los árboles a lo largo de su paseo central. Bajo el follaje se dedican a sus menesteres limpiabotas y vendedores de periódicos. La gente se sienta a descansar en sus largos bancos de madera igual que hacen los pájaros en los cables. Prado baja desde el centro hasta la orilla misma del mar, la brisa marina refresca a los caminantes y arrastra el bochorno del asfalto recalentado.



»Hacia ambos lados del Prado y su verdor corren las estrechas callejuelas de la Habana Vieja. Los edificios son, por lo común, de dos pisos con estrechos balcones enrejados. A veces los balcones quedan tan cerca unos de otros que pareciera que los vecinos pueden saludarse y darse la mano».

El 8 de mayo de 1960, en el periódico *Pravda* y en la prensa cubana se publicó una Declaración Conjunta de los gobierno de la URSS y Cuba acerca de la reanudación de sus relaciones diplomáticas a nivel de embajadas, las cuales habían sido interrumpidas tras el golpe de Estado de Batista en 1952.

Al conmemorar este año 2010 el 50 aniversario de aquel acontecimiento, nuevas generaciones de rusos comienzan a conocer La Habana, como sucedió en la más reciente edición de la Feria del Libro.

Ojalá ellos abriguen, al igual que sus antepasados, un profundo sentimiento de afecto y respeto hacia esta maravillosa ciudad y sus habitantes.

ALEXÁNDER MOISÉEV es autor principal del libro *Los rusos en Cuba* (Casa Editora Abril, 2010).

Entrada en el puerto habanero del velero escuela ruso *Kruzenshtern*, considerado uno de los más grandes del mundo gracias a sus 114,5 metros de eslora (longitud), 14 de manga (anchura) y casi siete de calado. Como parte de una gira mundial dedicada —entre otros motivos— al 65 aniversario de la victoria sobre el fascismo, la nave trajo a bordo varias muestras fotográficas, entre ellas la titulada «El reportaje cubano: retratos bajo la mirada del tiempo», colección que recoge momentos relevantes de la amistad entre los pueblos ruso y cubano.



XIX Feria del Libro



DEL 21 DE FEBRERO HASTA EL 7 DE MARZO DE 2010, RUSIA HIZO GALA DE SU CONDICIÓN DE PAÍS INVITADO DE HONOR A LA XIX FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO CUBANA, CON UN NUTRIDO PROGRAMA Y UNA AMPLIA REPRESENTACIÓN CULTURAL DE ARTISTAS DE VARIAS GENERACIONES.



Miembros de la delegación rusa en la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, sede principal de la Feria. Abajo: el embajador de Rusia en Cuba, Mijail Kamynin, junto a Miguel Barnet, presidente de la UNEAC, y Abel Prieto, ministro de Cultura.



En la XIX Feria de La Habana participaron unas 300 casas editoriales rusas que presentaron 3 500 libros. El pabellón de Rusia ocupó casi 450 metros cuadrados.

Los expositores rusos organizaron las muestras «Rusia y Cuba: 50 años juntos», «Cuba-Rusia. Archivos relatan» y «¡Viva Cuba!», esta última una colección de carteles dedicados a la amistad entre los dos pueblos, incluidos carteles de películas sobre Cuba.

Una mesa redonda abordó la conmemoración de los 50 años del establecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Inaugurada por el redactor jefe de la revista *Rodina (Patria)*, Yuri Borisenok, contó con la participación —entre otros— del reconocido periodista Genrikh Borovik, quien recordó su visita a la isla caribeña en 1960 y sus entrevistas con Fidel Castro, líder de la Revolución Cubana, y Ernest Hemingway, en vísperas de la llegada del canciller soviético Anastás Mikoyán.



Reconocidos intelectuales de Rusia que visitaban por primera vez La Habana, dejaron sus impresiones sobre esta ciudad y sus habitantes.

Serguei Lukiánenko, famoso por sus novelas de ciencia ficción: «Es una ciudad muy diversa, que tiene su propio estilo. Me encantó pasear por sus calles sin dejar de fotografiar e impresionarme».

Leonid Yuzefóvich, célebre escritor policíaco: «Nunca imaginé que la Habana Vieja, con sus edificios de hace siglos, fuera tan grande y variada como un país. Es imprescindible conservar estos tesoros arquitectónicos».

Alexánder Arjánguelski, escritor, popular comentarista de la TV rusa: «La Habana es una de las ciudades más bellas del mundo. Aunque muchas de sus edificaciones se encuentran en una situación precaria, la ciudad ha conservado su estructura arquitectónica».

«Espero que los habaneros no cometan el error de los moscovitas, que sacrificaron su ciudad a los intereses mercantiles. Es cierto: restaurar y conservar cuesta mucho, pero las generaciones futuras estarán eternamente agradecidas por haberles dejado este tesoro. Creo que el destino de La Habana se encuentra supeditado a su valor histórico y no a una rentabilidad moderna. Ello está en el propio carácter de la ciudad, que me

parece lenta, sin apuros y, a la misma vez, muy enérgica».

Eduard Uspenski, famoso escritor infantil: «Estoy por primera vez en La Habana, y nunca antes había visto cosa igual. Una ciudad muy exótica, moderna y aldeana a la misma vez. Es una ciudad sin prisas, sonriente, tranquila y sobria. La Habana es una ciudad de verdad, no una copia falsa. Si los héroes de mis libros se mudaran para La Habana, estoy seguro que el Gato Matroskin —por ejemplo— crearía una firma turística y, entonces, los rusos viajarían acá en un peregrinaje interminable».

Shirókov, conocido poeta y prosista: «Lo que más me ha llamado la atención de La Habana son las caras amistosas y la vida que hierve en sus calles. Al punto que me ha inspirado este poema: *Rejuvenece este encuentro el alma,/ tensándola como una honda./ A la Habana Vieja me lanzo,/ en pos de caras jóvenes voy./ Miro las esculturas, los frescos.../ me asomo a todos lados, tenaz./ De pronto, tras las cortinas, rutila una mirada juvenil./ ¿De quién será, mulata o criolla, ese fogoso surtidor?/ Me muele el mundo, como una cafetera encendida./ En polvo convierte la semilla, acrecentándome sólo el ímpetu,/ para que, como mismo avanzo decididamente,/ pueda amar, amar mucho más.* (Traducción: Argel Calcines).

1) El famoso escritor Eduard Uspenski, creador de la Cheburashka —entre otros personajes infantiles— durante su presentación en la escuela de los niños rusos en La Habana.
2) Alexánder Arjánguelski, el prestigioso escritor, publicista y conductor de *Contra la corriente*, popular programa televisivo.
3) Alexánder Moiséev y Olga Egórova, autores del libro *Los rusos en Cuba* (Casa Editora Abril 2010).
4) Durante la XIX Feria fue presentada la *Antología* del poeta ruso Vladimir Visotsky (Ediciones Matanzas, 2010). Las obras del legendario trovador fueron traducidas al español por el escritor y poeta cubano Juan Luis Hernández Milián (sentado). El prólogo y la presentación del volumen estuvieron a cargo de Oleg Vyazmitínov, corresponsal de RIA Novosti en Cuba y uno de los coordinadores de la presencia rusa en esta fiesta del libro (a la izquierda en la foto).